

EL PORVENIR DE LA IZQUIERDA

JORGE SEMPRUN

ESTABAMOS en "El País", la noche del miércoles, invitados a un "encuentro informativo" para ir conociendo los resultados de las elecciones. Bueno, resultados había pocos. Los teletipos y los receptores de televisión transmitían escasísimos datos. Bastaban, sin embargo, si se añadían a las estadísticas recibidas directamente por los representantes de los partidos políticos, para tener una primera idea del escrutinio. Ya podía concluirse que UCD y PSOE encabezarían la votación popular. En la mesa redonda que presidían Juan Luis Cebrián y Javier Pradera, los dirigentes de los partidos abordaban los problemas de la fase constituyente abierta por las elecciones. Terminaba un período histórico, sin duda alguna.

Entonces pensé en las dos muertes que habían hecho posible el proceso que estábamos viviendo. La de Francisco Franco Bahamonde, como es lógico. Que el dictador muriera en la cama, que no haya sido la actividad de las masas el factor principal del final del franquismo, es un dato de peculiar importancia, a la hora de comprender las características del período de transición. Pero no hubiera bastado, sin duda, la muerte natural de Francisco Franco para que se inaugurara en este país el lento y contradictorio proceso de desmantelamiento de las instituciones de la dictadura. Fue necesaria otra muerte, violenta ésta: la de Carrero Blanco. ¿Puede pensarse seriamente, en efecto, que la presencia del almirante al frente del poder ejecutivo de sucesión no hubiese logrado cambiar radicalmente las circunstancias de aquella?

La Historia, ya se sabe, no la hacen los hombres; mejor dicho, la hacen sin saber qué historia hacen. Y tampoco la hacen las masas, pese a lo que diga Althusser. La Historia la hace la Historia: un conjunto de fuerzas, de estructuras dinámicas, de acciones individuales, acaso utópicas. Pensé en este último guiño irónico de la razón histórica: que la transición paulatina y relativamente pacífica de la dictadura a la democracia estuviera condicionada, al menos parcialmente, por el acto violento, por el "delito de sangre" de un grupo de etarras. Me pareció que era conveniente recordar ese dato aparentemente paradójico, al contemplar la cortés discusión, de corte ya tan parlamentario, tan homologable con los modelos europeos, que estaba desarrollándose en la mesa redonda, en la quinta planta del edificio de "El País".

Estaba Ramón Tamames en el uso de la palabra. Decía cosas muy sensatas, pero tal vez las dijera demasiado tarde. Poner, en efecto, de manifiesto las contradicciones de la estrategia de Suárez,

emplazar enérgicamente a Camuñas y a los otros representantes de la UCD allí presentes, ante las exigencias del período constituyente, hubiese sido más eficaz en los mítines de masa que realizó el PCE que en aquella mesa redonda, celebrada post festum.

Escuchaba a Ramón y me parecía entender las razones de su agresividad dialéctica. Conozco a Ramón desde 1956, desde aquel mes de febrero en que la oscura, tenaz, tan a menudo estéril acción de los reducidísimos núcleos comunistas de Madrid desembocaba al fin en una acción masiva. Por muy grandes que sean —tal vez insalvables— las diferencias que nos separan hoy al enfocar el análisis de la situación española y la estrategia del PCE, eso no se puede olvidar. Yo no puedo olvidarlo, quiero decir.

Comprendía la agresividad de Ramón Tamames, su motivación profunda. Comenzaban a conocerse, en aquellas primeras horas de la madrugada, los resultados electorales del PCE. Eran flojos, por no decir francamente malos. Salvo en Cataluña, donde el PSUC, por el contrario, estaba demostrando un empuje considerable. Todo ello tenía, por fuerza, que provocar en Ramón un proceso reflexivo, no exento sin duda de ciertos dejes de amargura.

Tiene que ser una dura realidad, en efecto, para los militantes de un partido que ha estado luchando cuarenta años, a veces solo, o casi solo, contra la dictadura, verse abandonados parcialmente por la adhesión popular, a la hora sin riesgos mayores de unas elecciones que el esfuerzo terco y heroico de los comunistas ha contribuido a preparar. Pero la Historia es así. Esa Historia que no hacen los hombres, sus deseos y sus sueños, pero que a veces deshacen sus errores.

Escuchaba a Tamames, que hacía frente a las circunstancias adversas con serenidad y coraje aparentes y pensaba en los militantes que he conocido. Los tontos y los listos, los valientes y los temerosos —más admirables aún que los primeros, cuando dominaban su temor y estaban en su sitio, cumpliendo, como vulgarmente se dice—, los militantes anónimos que han hecho este partido y que este partido a veces ha deshecho.

Me acordé de María y Manolo A., claro. No diré su apellido. No me pertenece ese secreto de los viejos tiempos, aunque los viejos tiempos ya sean historia. Tal vez prehistoria. No diré su apellido. Diré tan sólo que María y Manolo vinieron de Francia, en los años cincuenta, para montar, por encargo del partido, un piso en Madrid, que sería utilizado por el aparato clandestino del PCE.

En ese piso vivió Simón Sánchez Montero. Luego viví yo. Y por último, Julián Grimau. Cuando éste fue detenido, también lo fueron María y Manolo. Estuvieron años en la cárcel. María y Manolo, desde luego, estaban desconectados de la organización del partido en Madrid. Su única tarea era mantener ese piso. Poca cosa, sin duda. Pero esencial. No puede mantenerse tantos años, a través de las caídas, las provocaciones de los confidentes de Conesa, una organización clandestina sin que haya centenares de pequeñas tareas militantes, anónimas y nada brillantes.

Escuchando a Ramón, que no es anónimo y que es brillante, me evadí un momento, esa noche de resultados electorales, perdiéndome por los vericuetos de la memoria.

Luego, volviendo al presente, a los problemas del momento presente, pensé que los resultados electorales del PCE —independientemente del hecho de que configuran una izquierda asaz desequilibrada, con tendencia a la amorfia, o sea, a formas más electorales que orgánicas— pueden provocar en el seno del partido reacciones negativas, que aumentarían el desequilibrio de las fuerzas de izquierda.

Sería negativa, por ejemplo, una reacción sectaria de los comunistas frente a los éxitos electorales del PSOE, incluso en determinados centros obreros que se consideraban como feudos del PCE. Pero lo sería aún más si ese tipo de reacción condujera, por una especie de reflejo de autodefensa y de "cerrar filas", a evitar un análisis crítico, exhaustivo y objetivo, de los errores que en parte han motivado los escasos éxitos electorales del PCE.

Se me dirá, tal vez, que me estoy metiendo en camisa de once varas. Se me dirá que no tengo por qué dar consejos a nadie, ni aleccionar a nadie. Certo. Pero el porvenir de la izquierda en España no concierne sólo a los dirigentes históricos, carismáticos o funcionales de los partidos obreros y democráticos. Nos concierne a todos. Y ese porvenir depende, hoy por hoy, dado su triunfo electoral de "aluvión", en gran medida de las decisiones estratégicas del PSOE. Pero depende también de las del PCE. Lo que decidan o dejen de decidir los dirigentes del Partido Comunista va a influir en el destino de todos los que seguimos creyendo que, aunque no existan en parte alguna modelos de socialismo, aunque no exista socialismo todavía en ningún país, no es posible contemplar la crisis de las sociedades occidentales sin ofrecer a las masas populares un proyecto de transformación radical de aquéllas. ■